

Celebramos este mes de junio otro aniversario de la muerte del Dr. Mario Briccino Iragorry. Su recuerdo no ha muerto.

Los que un día nos horrorizamos con su amistad, nos sumimos a veces en recuerdos que nos traen su figura, voz, gestos e ideas. Todo esto lo ha revivido, junto con la fecha aniversaria, una carta inédita, escrita desde Roma el 17 de junio de 1954 a su amigo, Mons. Nicolás Navarro. Al publicarla creemos regalar una joya.

Es su exacta fotografía. Así era Mario. Hombre de fe profunda, no con intermitencias fosforescentes sino con claridades constantes que se fijaban en ideas y actitudes. Por eso amaba a Roma y quería conocerla, más que como hecho histórico de figura imperial, como cuna y hogar de su fe cristiana.

Y se fue por las Catacumbas, enfermo y todo. No como turista, contento con oír una anécdota o ver con ojos curiosos líneas y curvas arquitectónicas. Va como peregrino creyente, vibrando a cada instante con intensas emociones. Respira en las Catacumbas de San Calixto el ambiente de los primitivos cristianos y se confunde para orar con ellos. En la cárcel Mamertina se reclina en los muros como los primeros apóstoles. En San Pablo extramuros le sobrecoge la grandeza del gigante Pablo y siente la emoción de belleza en claustros y naves. La emoción del primer templo cristiano en San Pedro anula el fausto del Renacimiento y ora con fervor.

Sobre aquella dulce emoción iba a caer una amarga realidad. Nota algunos preparativos extraordinarios en la Capilla del Santísimo. Se entera que va a venir y ve entrar a Rafael Leonidas Trujillo. Se revuelve su interior. Chocan violentas reacciones en su espíritu, ante la presencia del dictador dominicano, verdugo de tantas víctimas inocentes, como él mismo lo era del dictador venezolano. Un látigo para echarlo del templo creía más oportuno que aquel esplendor principesco. Pero se sosegó, su fe profunda le hizo ver las realidades humanas y relaciones de la Iglesia que, con aquella conducta, ni aprobaba ni perdonaba los desmanes de su régimen político. Buena lección para católicos superficiales que, ante semejantes hechos, flaquean en su fe y prorrumpen en grotescas protestas. La calma se hizo total cuando en la Plaza de Letrán vio la graciosa estatua del Pavarello.

Días en Roma, sin contacto con nadie, pero en intensa oración y reflexión consigo mismo, madurando y filosofando sobre sus ideas. Y eran muy cristianas y calaban hondo, y a veces, adelantándose a su tiempo anticipaba orientaciones y apuntaba rutas. Lo que hubiera gozado Mario con el Esquema XIII del Concilio Vaticano: LA IGLESIA EN EL MUNDO ACTUAL. Yo creo que él aprendió de Pedro y Pablo "el fácil secreto de la comunión del hombre con Dios".

Víctor Iriarte S. J.

En recuerdo de un venezolano "post-conciliar"

Roma, 17 de junio de 1954

Exmo. y Revmo.

Mons. Dr. Nicolás E. Navarro

CARACAS

Mi querido Monseñor Navarro.

Dije a su Excelencia que anhelaba venir a Roma para visitar las Catacumbas y el sepulcro de los grandes Apóstoles. En San Calixto, que pude caminar con facilidad, pese a mis deficiencias locomotoras, respire un aire fresco, que me hizo pensar en la atmósfera llena de gérmenes espirituales que rodeaba a los Santos de la primitiva comunidad cristiana. En la Cárcel Mamertina sentí emoción profunda cuando me apoyé sobre los ásperos muros donde debieron haberse reclinado para descansar los grandes Apóstoles que dieron fundamento católico a la Iglesia del Señor. En San Pablo Extramuros ya no sólo me conmoví al arrodillarme ante las cenizas del gran Padre de la Fe, a quien el propio Hijo de Dios enseñó en visiones directas la esencia del cristianismo. En San Pablo sentí el estremecimiento que debe producir la belleza de la Acrópolis. La solemne sencillez de la Basílica y la majestad de las logias, hace que el espíritu trascienda hacia planos de severidad y de belleza. San Pedro es otra cosa. El Renacimiento en todo su esplendor se junta a la soberbia y al fasto de los Pontífices. En San Pedro, también, sufrí una especie de pesadilla. Cuando salía, después de haber orado con todo el fervor que pude en el primer templo del mundo cristiano, vi que los grandes reclinatorios de la capilla del Sacramento, y de la tumba y de la estatua de San Pedro, acababan de ser recubiertos de terciopelo rojo y acondicionados con grandes cojines; la puerta de bronce de la Basílica había sido abierta y a su entrada cuatro canónigos y un acólito con aceite esperaban a alguien. Imaginé que se trataba de algún personaje de gran lustre; visperas de la fiesta del Corpus Domini, supuse que el Vicario de Roma viniese a algo. Quedéme

cerca de la entrada y, ¡Dios, lo que vi! Entre guardias con vistosas hopalandas entraba Rafael Leonidas Trujillo, quien acababa de firmar un Concordato con el Excmo Tardini

He de decir a Su Excelencia que yo quedé mudo y aletado. Toda la historia contemporánea de Santo Domingo, o mi referencia por un austero fraile capuchino que es nuestro común amigo, se me vino a la imaginación con una rapidez de cine. Pense, también, en mi América, en nuestra América infeliz, pense en los congéneres del famoso negociador de la "concordia", más que con la Iglesia eterna del Señor, celebrada en aquel momento con la mudable Curia Romana: pensé en mi mismo, proscrito y sufrido, hoy anónimo huésped de Roma a la par de los magenuos romeros que media hora antes se habían arrodillado conmigo en la Plaza de San Pedro, para recibir la bendición del Pontífice, asomado a uno de los altos ventanales del Palacio Vaticano (Hoy el Papa, por su mala salud, no recibe peregrinos. Apenas lo ven de cerca quienes traigan credenciales diplomáticas, así estén firmadas por manos húmedas de sangre o quienes se acojan al patrocinio de los representantes de los gobiernos de los pueblos. O quienes posean extraños méritos en el mundo de la Iglesia o de la cultura)

Sufrí una extraordinaria conmoción ante el espectáculo del Generalísimo Trujillo a las puertas de San Pedro, pero en seguida comprendí que Dios me proponía una nueva prueba para acrisolar mi fe. El Dictador dominicano venía de platicar con un Pontífice que se bajaba de la Cátedra de San Pedro para entender de negocios adventicios, que nada tienen que hacer con la esencia de la fe. Mi Pontífice era, en cambio, aquel inaccesible anciano blanco, ante quien yo había inclinado mi rodilla reverente. El sabio ordenador que enseña y declara la doctrina en su dimensión permanente de cosa situada más allá de los negocios vulgares de la política, y no el Jefe de Estado, a quien se proponen convenios donde más niegan intereses ajenados a lo temporal que valores cargados de sentido de eternidad. Así entendí la lección del Dictador que satisfacía su vanidad de hombre de Estado en el meyo centro de la cristiandad ecuménica. Mi fe en la Iglesia, mi profunda convicción de la presencia permanente del Señor en el seno de la comunidad cristiana, por nada se desmejora ante estas cosas paradójicas, que parecieran atisbos de duda en las palabras con que Jesús enseñó a los discípulos que no prevalecerían contra la Iglesia las puertas del Infierno. Mas estos hechos jormales, con los cuales la política de la Curia cree afinar movimientos de propagación de la fe sobre los propios hombres que niegan a Cristo, sirven para que muchos espíritus que no analizan los hechos tomen el caso como una manera de conformidad de la Santa Sede con regímenes que abusan al llamarse a sí mismos regímenes católicos. Estos famosos dictadores creen ganar espaldarazo de dignidad para sus sistemas por medio de estos procesos de aparente preocupación religiosa. No faltarán en la infeliz República Dominicana espíritus que tomen estas cosas como testimonio de la fuerza que posee el régimen trujillista en el llamado orden defensivo de la civilización occidental.

Si a las puertas de San Pedro topé con esta visión de pesadilla, desde el atrio de San Juan de Letrán alcancé a ver la estatua del Poverello de Asís, con las manos extendidas en actitud de detener los muros caedizos de la gran Basílica. Así lo soñó el propio Pontífice, a quien correspondió la gloria de haber aprobado la primitiva orden de frailes que buscaban llevar el Mensaje de Cristo hasta las masas jamélicas y pugnaces. Del Siglo XIII a la fecha ha cambiado mucho el modo de ser del mundo cristiano. Las nuevas formas de la sociedad piden mensajes reales más que doctrina esecnta. Ese ensayo apostólico y semi-frustrado de los sacerdotes de la Misión Obrera, ¿no era, acaso, una manera de cruzada franciscana en el propio corazón de la sufrida y traicionada clase trabajadora? Para que la justicia no tenga necesidad de sazonar en los frutos ásperos de la huelga y de la rebelión general, se precisa que bajen hasta los obreros los representantes de Cristo, tanto para enseñarles el léxico reposado de la caridad, como para mostrarles que Jesús no ha traicionado a los pobres y a los humildes, según pareciera pregonarlo la aparente preferencia del Clero por los poderosos y por los regímenes de fuerza.

Ojrecí escribir a Su Excelencia desde esta ciudad, donde estoy pasando unos días sin contacto con nadie. Cumplo mi palabra al expresarle los sentimientos y reflexiones que en mí ha promovido este sitio adonde Pedro y Pablo vinieron a fundar una Iglesia que enseñase a todo lo ancho del mundo el fácil secreto de la comunión del hombre con Dios.

Le deseo todo género de felicidad, y me repito su ajtmo. amigo y admirador.

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY